

qüencia, porque lo es todo abuso ; y toda obscuridad, ya nazca de estudio, ó de mal gusto, ó de impericia, es contraria á la declaracion de nuestros pensamientos.

FILOSOFIA

DE LA

ELOQUENCIA EXTERIOR.

Actio est eloquendi comes, et quasi corporis quædam eloquentia.

Cic. in Orat.

La eloqüencia escrita es como la música sobre el papel ; ambas yacen allí muertas, y ambas necesitan del auxilio de la voz, y tambien de la accion, que les dé espíritu y vida para excitar el oido y corazon del oyente. No por otra causa es ésta parte de la elocucion oratoria la mas esencial al que ha de mover y persuadir á otros ; pues el fruto y la gloria que con la pronunciacion alcanzaron los antiguos son el mayor testimonio del esmero con que cultivaron este arte dichoso, y el mas eficaz exemplo de la importancia de su estudio para los modernos.

Con unas mismas palabras podrá el que habla,

ó lee, mover á risa, ó á llanto, á lástima, ó á indignacion. Tanto imperio tiene la voz viva en los animos, y tanta influencia el talento de decir, que, si no mas difícil, es mas raro que el de escribir; y quando no haya ganado siempre tan sólida y duradera fama, ha ganado en recompensa mas triunfos, y aplausos mas lisongeros, por nacer estos del movimiento, y presencia popular.

Claro está que es grande la diferencia entre el orador que habla á sus oyentes y el que escribe para la posteridad. El primero debe enfervorizarse con mayor facilidad, porque un numeroso concurso y el aparato del lugar forzosamente han de exaltar su ánimo. En esta situacion los afectos pasan del orador al auditorio, y de este vuelven el orador; no de otra suerte que por el reflexo los rayos de la luz vuelven al cuerpo que los despide. Por otra parte su voz, su acento, sus ojos, y todos sus movimientos, de acuerdo con la pasion que le anima, testifican la verdad de esta misma pasion. Hierde y agita los sentidos, y por ellos se enseñorea del ánimo de sus oyentes, y le conturba á su arbitrio.

Todos estos efectos son muertos, como hemos dicho, en la eloquencia escrita: en el papel todo es tranquilidad y silencio. Leemos, es verdad, al orador, mas no le oímos, ni le vemos; está ausente para nosotros; y asi, ni las inflexiones de su voz, ni su gesto, ni su accion, nos dan testimo-

nio de la verdad de lo que dice: solo su pensamiento es el que habla al nuestro con caracteres mudos. Los frutos de la eloquencia escrita son mas difíciles, si no mas inciertos, ó lentos de conseguir: la eloquencia hablada siega la mies y la arrebatada juntamente. Y no será otra la causa por que leemos frequentemente harengas y sermones, que habiendo grangeado ilustre fama á sus autores quando los pronunciaron, los hallamos ahora frios, desaliñados, comunes, y tambien incorrectos; y mas me atrevo á decir, que algunos de ellos, para conservar la reputacion del orador, no debian haberse dado á la prensa. Estos oradores pudieron seguir el exemplo de Pericles quien, sin embargo de haberse dicho en su loor que la diosa de la persuasion moraba en sus lábios, y que con su voz y accion conmovia á Grecia toda; jamas publicó ninguna de sus oraciones, conociendo que sin el socorro de su gesto y de su acento, desaparecería su mérito y celebridad.

En vano, pues, se darían reglas y exemplos del bien decir, si no se cuidase con preferencia del modo de decirlo bien, esto es, del tono conveniente con que se ha de animar la expresion, que es el alma del discurso y el móvil de los afectos. Este tono y este modo con que el que habla á los otros declara las ideas y el sentimiento de que está poseido, piden tantas variaciones quantos son sus respectos y comparaciones entre los ob-

jectos que se propone y la diferente fuerza y grado de energía con que debe representarse: porque, al modo que un buen pintor no toca con la misma luz todas las figuras y sombras de un quadro; así también el orador discreto, dueño de sí y del asunto, no dará una misma fuerza á todos sus afectos ni una misma viveza á todas sus pinturas.

En el arte de decir las cosas podrá haber aplicación de ciertos preceptos, ó por decirlo mejor, de ciertas observaciones generales, para formar el lenguaje peculiar del orador. Pero de lo que vamos á tratar aquí es del tono y aya con que se debe hacer expresivo y energético este lenguaje; y son *pronunciacion*, y *accion* que componen las dos partes en que se divide la elocuencia exterior.

PARTE I.

DE LA PRONUNCIACION.

Preguntado el famoso orador Demóstenes ¿quál le parecía el primero y principal precepto en la elocuencia? respondió la pronunciacion:

preguntado ¿quál le parecía el segundo? repitió la pronunciacion: preguntado otra vez ¿quál el tercero? no respondió otra cosa sino la pronunciacion. Tal era el dictamen del más famoso orador de Grecia, que fué recibido y celebrado después como máxima del arte por los Romanos.

Por *pronunciacion* entendemos aquel acento afectuoso que por medio de ciertas inflexiones de la voz, ó de un tono más ó menos subido, ó de una recitacion más viva ó más sosegada, más rápida ó más lenta, expresa los afectos que revuelven el ánimo del que habla, y los comunica á sus oyentes: por tanto, es la parte de la oratoria más difícil de sujetar á reglas fijas y particulares; porque, si bien el ejercicio vence en todas las artes grandes dificultades, en este puede más el talento que el estudio.

Nunca hallará el lenguaje de las pasiones aquel que lo buscare con fría serenidad. Y es ésta una verdad tan conocida en todos tiempos, y sacada tan inmediatamente de la humana naturaleza, que ha pasado á ser aforismo trivial, por no decir vulgar, el precepto de Horacio de que *es menester que llores tú primero si quieres hacerme llorar*: pues, sin necesidad ni noticia de este consejo, lo ejercitan poderosamente, para excitar la caridad por la compasion, casi todos los pordioseros, y con más eficacia, si no con más

fruto, los que han convertido en oficio la mendiguez, y en arte su ingenioso clamoréo.

Todo el arte en esta materia está reducido á encender cada uno dentro de su propio pecho la llama que quiere que prenda en el del oyente. El verdadero acento patético, el eficaz, el poderoso, hijo es, no del artificio, sino de la fragua del corazon tierno, que envia á los lábios los impetus de su ardor: no nacieron, pues, de ella aquellos discursos pronunciados con acompasada y desmayada monotonía, cuyas palabras son sonidos muertos, y por consiguiente ineficaces, y sin sentido.

Es cosa bien sabida que la eficacia y poderio de la voz, animada de la verdadera pasión, fué la que hizo ganar muchas causas á los oradores de la antigüedad; así como también en los tiempos modernos han obrado maravillosos efectos en el auditorio algunos apostólicos varones que debieron sin duda este dominio oratorio á su particular tono de voz, y á su acción. Atribuirlo debemos á estos dos instrumentos, pues, no habiendo quedado, de unos sus sermones, y de otros sino discursos muy comunes en sus obras; la fama de su fruto evangélico no puede tener otro origen ni principio que el comun consentimiento de los oyentes, conmovidos y convertidos á la vista y voz viva del orador.

El acento es el alma de las palabras, frias y mudas en la escritura; de la pronunciación re-

ciben calor, sentido, y verdad, porque el tono engaña menos que la palabra: así es que nadie duda de una injuria ó de una burla, aun quando las voces no sean injuriosas ni burlescas. El orador que no posee la gracia del énfasis del acento que corresponde á su intención y objeto, quita toda la fuerza é impresión a la frase mas enérgica. Llamo á este talento una gracia, por ser don de naturaleza; la qual inspira, y dicta unas reglas claras y fáciles, que el arte, que es hijo suyo, las prescribe por imitación á todos los oradores. Sin embargo, son muchísimos los que pronuncian, ó con afectación, ó con languidez, ó con descomedimiento, porque son pocas las almas dotadas de esta natural prerogativa.

Quizás por haber considerado esta parte de la eloquencia como dote natural, y no como talento adquirido; no lo trataron los antiguos de propósito, ni con la extensión que las demás: pues el mismo Aristóteles y Ciceron se abstuvieron de prescribirle reglas, y de reducirla á arte. Bastará que el orador busque en el curso de su oración aquel género de acento que le sugiera las inflexiones de la voz, y los varios temples del tono, adaptados siempre al sentido de las palabras, y sugetando al mismo tiempo la expresión de estas á la del pensamiento, á la situación en que se halla, y al carácter que representa. Advertencia es esta muy necesaria, porque de ordinario el hombre conmovido da involuntaria-

mente á sus palabras el colorido de la pasion general que le domína: que es vicio casi imperceptible, y por eso mismo mas comun, pues nadie litiga la causa agena con el mismo tono que la suya propia.

La palabra se acentúa y templa diversamente segun es diversa la pasion que la inspira; ahora con voz aguda, vehemente, remisa, ó suave; ahora igual, variada, pausada, ó rápida en sus inflexiones. De aqui saca el orador los diferentes tonos de pronunciacion; ya un baxo igual y profundo para la amenaza; yá un alto subido para la ira y la indignacion, pasando velozmente por todos los interválos músicos quando le agita la desesperacion, ó le abate el temor, le eleva la esperanza, ó le alborozla la alegría.

Es tan grande la eficacia y la verdad que en sí tiene el tono y acento de la voz que, si se me permite aqui el testimonio de los animales, vemos que algunos de ellos, sin embargo de carecer de razon y del lenguaje racional, y aun del mecánico órgano para articular palabras, se entienden solo por los sonidos, que vienen á formar su dialecto. Las diferencias de este nos las declaran mas los perros, algunas de las quales alcanzamos, y mas los cazadores. El ladrído y voz de este animal varía, y se dexa conocer quando busca la caza, quando la halla, quando hace presa, quando teme, quando amenaza, quando acomete, quando se queixa, quando se lamenta

quando pide de comer, quando defiende la comida, quando juega, y quando sale á lisongear á su dueño.

De qualquier modo que se considere el juego de los afectos, el encanto, digamoslo asi, de la pronunciacion no consiste solamente en una mecánica imitacion, sino en una imitacion agradable; pues nadie duda de que la declamacion, para causar este deleyte, ha de arreglarse y sujetarse á cierta melodía, de suerte que no pueda conmover al corazon sin complacer al oido. Tal es la causa porque algunas veces un discurso desaliñado é incorrecto roba la atencion por la fuerza del tono que le anima. En este caso el sentimiento del corazon esclaviza las potencias del oyente, quien, olvidandose del orador, solo tiene presente el objeto que este le pinta. Y es esto tan conforme con la naturaleza, que ésta comunica á los animos tiernos una infinidad de modulaciones afectuosas y deliciosas, de que carecen las personas que no sienten: pero, cuidado! en no tomar lo afectado por expresivo, ni lo furioso por enérgico.

No hay duda que el placer del sentido que experimentan los oyentes de la melodía del acento, aumenta el placer moral de la representacion de las pasiones. Y aunque es verdad que las lenguas vulgares, menos acentuadas y prosodíacas, que la griega y latina, carecen de aquel deleyte que procedía del ritmo tan poderoso de los anti-

guos, para dar vigor, variedad y gracia á la harmonia poetica; la española, por la feliz trabazon de silabas suaves y sonoras, por la melodia de su acentuacion, sostenida con la variedad y contraste de desinencias numerosas ó por la fluidez ó cadencia de las inflexiones, es la mas á proposito en los tiempos modernos para todas las modulaciones de la expresion grave, dulce, y harmoniosa. Ademas la libertad de su syntaxis, y sus transposiciones tan variadas, y siempre bien recibidas, favorecen al orador que sabe usar discretamente de estas licencias, para dar á su pronunciacion todos los tonos de los afectos mas contrastados.

Muchas veces saca el orador de la medida y desigualdad de los tiempos en un mismo período un particular language. El gozo, por exemplo, que imprime cierta vivacidad á nuestros movimientos, la comunica tambien á la medida. La tristeza, al contrario, cierra el corazon, amortigua los movimientos, y la languidez misma se pinta en el tono que inspira. Pero, quando el dolor es vivo, y padece ciertas luchas el ánimo; la pronunciacion de la palabra es desigual, yá con pausado, yá con acelerado compás; ó bien se ataja, ó se corta por gracia ó por fuerza del énfasis: última industria de la eloquencia muda. Qué de cosas se dicen entonces, sin acabar de decir ninguna! Por eso los oradores mas expresivos, ó dígase de otro modo, los mas patéticos,

son ordinariamente los que dividen los tiempos con mas desigualdad; al contrario, los tibios y tranquilos llevan siempre un paso uniforme, guardando en las clausulas cierto equilibrio y simetria.

Sin embargo, de poco servirá que el orador sepa animar sus palabras con la expresion, si el espiritu y calor de esta no llegan á los oyentes. El que solo cuida de la cantidad y calidad de las voces, y no del sentido de ellas, no puede dar expresion á lo que pronuncia: articula, más no habla; dice, y no siente; y el que no siente, mal podrá hacer que sientan los otros. Y no basta tampoco que el orador sea afectado de una sensibilidad vaga y general: debe sentir particularmente, ya la energia de la lengua, ya el grado de vehemencia y espiritu que pide el asunto, ya la situacion en que se halla para mover y persuadir. El entusiasmo que infundió en los animos caidos de los Espartanos el espiritu y canto de aquella elegía de Tirtéo antes de dar la última batalla á los Mesenios, fué efecto de estas tres circunstancias, de las quales supo aprovecharse como político, como orador, y como capitán.

Muchos oradores obraron prodigios en sus tribunas con el imperio de su voz, como se cuenta de algunos predicadores apostólicos en sus pulpitos, cuyos discursos, leidos, hubieran dexado tibios á sus oyentes. La suma importancia de esta eloquencia exterior, tan necesaria para ga-

nar la atención y voluntad del auditorio, la conocia en gran manera Demóstenes quando, para corregir y exercitar el órgano defectuoso de su habla, se llenaba la boca de chinitas del mar y harengaba a las olas embravecidas. Pero, asi como son muchísimos los que, destinados al púlpito y al foro, padecen imperfecciones naturales y habituales en su voz, que los preceptos de la retórica no alcanzan a remediar; tambien son rarísimos los que, movidos del deseo de gloria, y de aquella sed y hambre de aprovechar a sus hermanos en la virtud, ó en el celo de la patria, quieran sufrir el exercicio y prueba del orador de Atenas.

Reconociendo esta importancia, leemos en las sagradas letras que Moysés se excusaba con Dios de que era tarda é impedida su lengua quando le envió a Egipto a gobernar su pueblo; cuya excusa no reprobó el Señor, antes le aseguró que asistiria a sus labios, y le enseñaria lo que habia de hablar. Por eso Salomon se alababa de que con su eloquencia se haria reverenciar de los poderosos, y que le oyesen con el dedo en la boca. Aun armada del poder y vestida de púrpura, necesitaba la eloquencia de la gracia é imperio de la voz para hacer obedecido y respetado al príncipe con la dulce tiranía de los labios, como dice culta y elegantemente nuestro Saavedra.

Prescribir aqui metódica y prolixamente to-

das las reglas retóricas para la pronunciación, seria trabaxo tan fastidioso como vano; porque muchas de ellas se deben mirar como fútiles y pueriles, y algunas como impracticables. Solo un continuo exercicio, y la viva voz de buenos dechados pueden servir de verdadero maestro, y no la especulación de los preceptos. Tampoco se debe tratar aqui de la impertinente analysis del sonido y de la voz, ni de la teoria delicada del juego de este órgano, y de sus oficios: este trabaxo es mas propio del anatómico que del retórico, y trabaxo tan perdido como el pretender que vea un ciego de nacimiento instruyendole en la estructura del ojo, y en el mecanismo de la vision.

Bastará que nos reduzcamos á señalar algunas calidades que pueden depender del estudio y exercicio del orador para la perfecta pronunciación, como por exemplo: 1°. que sea clara y distinta, es decir, que la palabra salga entera de sílabas y de letras: 2°. que marque con su tono la suspension y la terminación final del período: 3°. que señale con ligeros interválos la exactitud de la puntuación: 4°. que empiece la voz lenta y sumisa para que se conserve mas tiempo y mas entera hasta la conclusión del discurso; porque ordinariamente, el que peróra, se enardece, ó del mismo asunto, ó del trabaxo de la articulación, y levanta gradualmente su voz sin advertirlo, y casi siempre sin quererlo: 5°. que sea va-

riada, para aliviar la respiracion, y complacer los oidos de los que escuchan, porque no hay cosa mas molesta y enojosa que la monotonia con que algunos principian y concluyen una oracion: 6°. que sea proporcionada al número de oyentes, pues con otro esfuerzo oraba Ciceron en el foro que en el senado: 7°. que sea análoga al asunto y al lugar del razonamiento, pues ni explicando la sosegada industria de las abejas se ha de tomar el mismo tono que pintando una tormenta; ni tampoco en el exordio se debe enardecer el orador como en el epílogo: 8°. que no sea la pronunciacion tan veloz que no dé tiempo para que haga la debida impresion en los oidos y en los animos: 9°. que no sea tan pausada, que cause impaciencia o sueño al auditorio: 10°. que no sea tan arrebatada, que parezca que habla un energúmeno, o un hombre sufocado que riñe en una pendencia. En fin reducirémos toda esta doctrina á solos dos puntos, diciendo: que todas estas calidades arriba señaladas de nada servirian para la conveniente pronunciacion, si esta no va regida y guiada por estas sus dos compañeras inseparables, que las enlazan y comprehenden todas: *naturalidad, y decóro.*

PARTE II.

DE LA ACCION.

La segunda parte en que se divide la eloqüencia exterior es la *accion*, la qual se compone del gesto y del movimiento del cuerpo. El primero, que es la expresion del semblante, se forma de infinitas y rápidas modificaciones de la fisonomia, y es la imagen que representa todos los diversos movimientos del ánimo.

Algunos preceptistas retóricos han sido tan prolixos y menudos en prescribir reglas particulares á este arte, que señalaron hasta el número de las arrugas de la frente y el de las pestañadas y arqueadas de cejas que correspondia al desahogo de cada pasion. Olvidábanse sin duda de que la expresion gesticulante es gracia concedida por la naturaleza, en la qual el arte solo pone la decencia y el comedimiento: quiero decir, que solo es efecto del temperamento, esto es, de una delicada y sensible organizacion que comunica á las partes exteriores mayor movilidad. En este concepto, ¿qué reglas serian poderosas para infundir caracter y expresion á esos hombres frios y duros, incapaces de recibir im-